

PJ7796 0137-89260

.E8

H8

ES PROPIEDAD



FONDO  
PEREZ MALDONADO



**Q**UPABA el trono de Basora un Sultán tributario del Soberano Califa Harun-Al-Rachid. Era su nombre Mohamed ben-Soleiman El-Zeini. Amaba á los humildes y á los mendigos, apiadábase de los súbditos desventurados y distribuía su fortuna entre los creyentes de Mahoma —¡sobre él reposen la oración y el sosiego de Alah!—y en toda ocasión mostrábase digno de los elogios que el poeta dirigió á su valor en la oda que empieza con estos versos:

Con el hierro de la lanza  
sus hazañas escribía;  
su papel eran los cuerpos  
de la mesnada enemiga  
y la sangre del contrario  
empleaba á fuer de tinta.

Tenia el Sultán dos visires. Llamábase el uno El Mohin ben-Sauí, y el otro El Fadleddin ben-Kacan. El Fadleddin ben-Kacan era el hombre más generoso de su siglo; su cortesía era selecta y razonada, sus costumbres ejemplares, y resplandecían en él soberanas virtudes que le granjeaban el amor universal y la estima de los varones sabios y prudentes, que acudían á él en demanda de opinión y consejo sobre los más árdulos negocios; de suerte que todos los habitantes del reino hacían votos por su larga vida y prosperidad, y harto las merecía semejante bienhechor y padre amantísimo, jamás contaminado por dolo ó injusticia.

El segundo visir, el llamado ben-Sauí obraba con ánimo y sentido muy diversos; detestaba á sus semejantes, aborrecía el bien y procuraba la extensión del mal; dijo acertadamente de él un poeta que le conoció:

Vile que á mi se acercaba;  
para evitar su contacto  
que mancha, subitamente

me alcé, recogí en la mano  
de mi vestido los pliegues,  
y salté sobre el caballo  
en busca del aire puro  
lejos de aquel ser nefando.

Así pues, á cada uno de estos visires tan desemejantes, puede aplicarse un verso distinto de otro poeta:

Saborea con delicia  
la compañía del noble  
de espíritu levantado  
y levantadas acciones,  
y no tardarás en ver  
que al cumplido gentilhombre,  
pues es tan noble su vida,  
le había engendrado un noble.

Pero evita inexorable  
la sociedad del villano  
de mezquinos pensamientos,  
de propósitos malvados,  
pues no tardarás en ver  
que al espíritu menguado,  
pues son tan bajos sus hechos,  
le engendraría un villano.

El pueblo sentía tanta repulsión y odio hacia el visir El Molim ben-Sauí, como amor y entusiasmo por Fadleddin ben-Kacan. Por lo cual Sauí miraba con terrible enemistad á su colega, y no perdonaba ocasión de perjudicarlo en el ánimo del Rey.

Un día el rey de Basora, Mohamed Ibn-Soleiman El-Zeini, sentado en el trono real de su salón de justicia, estaba rodeado de todos los emires y la muchedumbre de los grandes y notables de su corte. Y como aquel día hubiese cundido la noticia de la llegada á Basora de una numerosa legión de esclavas adolescentes, destinadas al mercado, el Rey, volviéndose al visir Fadleddin, le dijo:

—Quiero que me encuentres una esclava sin par en el mundo, una esclava que sea á la vez portentosa en belleza, de perfecciones regaladísimas, y de una incomparable dulzura.

Al oír las regias palabras dirigidas á Fadleddin, el visir Sauí, celosísimo de la confianza que el Rey depositaba en su rival, y anhelando que el plan no se llevase á cabo, exclamó:

—¡Suponiendo que cupiese en lo posible hallar una mujer de tal categoría, costaría por lo menos diez mil dinares de oro!

Pero el Rey, más excitado por el obstáculo que se le oponía, llamó in-

mediatamente á su tesorero y le dijo:

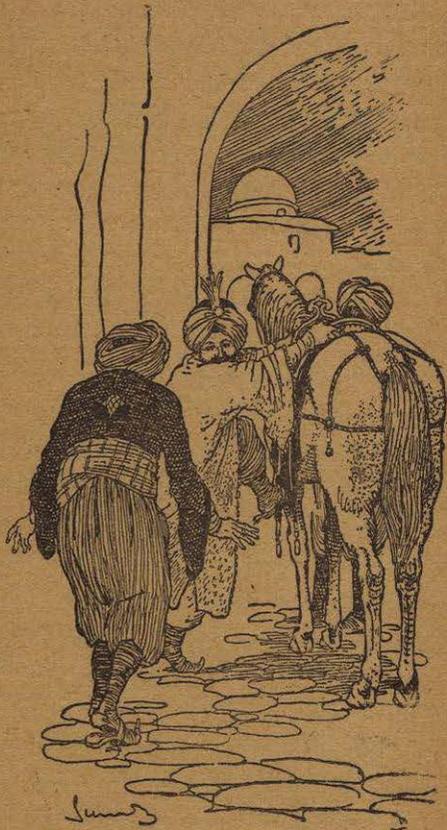
—Toma al instante diez mil dinares de oro y llévalos á casa de mi visir Fadleddin ben-Kacan.

Y el tesorero se apresuró á poner el mandato en ejecución. Al mismo tiempo el visir Fadleddin abandonó el palacio para atender á la satisfacción del regio deseo.

El visir Fadleddin visitó el mercado de esclavos, pero no encontró nada que se aproximara al ideal soñado por el monarca. Dispuso entonces que todos los agentes que andaban por el mercado ocupándose en la compra y venta de esclavas de todo color, comparecieran á su presencia, y les recomendó que efectuasen todo linaje de pesquisas hasta dar con una esclava parecida á la que soñara el Rey, y les dijo:—Cada vez que una esclava alcance en el mercado el precio de mil dinares de oro cuando menos, es necesario que me aviséis á toda prisa; yo veré si se trata de la esclava que deseamos.

Desde aquella ocasión no pasó día

sin que dos ó tres agentes fuesen á proponer al visir una linda esclava,



Un día el visir Fadleddin iba á montar á caballo... pero éste enviaba otra vez al mercado á la esclava y al agente sin

efectuar ninguna compra. Durante un mes examinó de esta suerte á más de mil adolescentes de muy diversos y singulares encantos, capaces de arrebatarse á un bloque de piedra. Y, no obstante, Fadleddin no se decidía por ninguna; necesitaba una perfección de perfecciones, un acabadísimo dechado.

Un día el visir Fadleddin iba á montar á caballo para dirigirse al palacio real, donde suplicaría al soberano que le diese algún nuevo plazo para cumplir con su encargo, cuando se le acercó un agente conocido suyo quien, tomando el estribo, le saludó respetuosamente y recitó dos estrofas en su honor:

Tú realzas la leyenda  
de nuestro país magnánimo  
y levantas el dominio  
de nuestros antepasados,  
valeroso gran visir  
el de los combates faustos.

Tus honores y mercedes  
á moribundos y escualidos  
volvieron á la existencia.  
¡Y siempre fueron tus pasos  
bendecidos por Alah,  
nuestro Señor soberano!

Recitados los versos, el agente dijo al visir:

—¡Oh, noble Ibn-Kacan, glorioso Fadleddin! Oye una próspera noticia; la esclava que describiste con sublimada fantasía, está acá y puedes disponer de ella.

Y el visir dijo al agente:

—Llévala inmediatamente á mi palacio para que yo la vea.

Y el visir entró nuevamente en su palacio esperando la llegada de la esclava; y al cabo de una hora compareció el agente llevando de la mano á la privilegiada criatura. Diré, trazando un esbozo de su figura, que se trataba de una adolescente ligerísima y esbelta, de busto firme y luminoso, de párpados oscuros, ojos como la noche, facciones redondeadas y suaves, barba sonriente y fina, sombreada ligeramente por un hoyuelo, talle de abeja y caderas abundantes y rítmicas. Entró en el palacio vestida de telas escogidas y raras. Pero ¿no olvidaba decirnos que su boca era una flor y la dulce humedad de sus labios un julepe fra-

gante, que sus labios eran más rojos que la nuez moscada cuando está tierna, y su cuerpo entero aparecía más delicado y flexible que la verde rama del sauce? ¿Y qué diremos de su voz? Tan armoniosa era que venía al murmullo del céfiro, y tan agradable que relegaba al olvido el aura que se embalsama cruzando los vergeles. Y era digna por completo de aquellos versos en que la describe un poeta:

Su tez es como la seda;  
su palabra como el agua:  
como el agua da rodeos  
y es serena y sosegada.

Mas sus ojos... ¡ay, sus ojos!  
Dios dijo: «¡Existid!» y fueron.  
¡Son una obra de Dios!  
Y su mirar es un fuego  
que turba al misero humano  
más que el vino y su fermento.

¡Amarla! En horas nocturnas,  
cuando imagino tal dicha,  
todo mi cuerpo se enciende  
y se estremece mi vida.

Sueño en sus cabellos negros  
como la noche sombría;  
pienso en su frente de aurora  
que la mañana ilumina.

Y he aquí por qué, desde que hubo alcanzado los días floridos de la adolescencia, llamáronla Dulce-Amiga.

Cuando el visir la vió, arrobóse por dilatado espacio, y preguntó al agente:

—¿Cuál es el precio de esta esclava?

—El propietario—respondió su interlocutor—me exige diez mil dinares, y yo he aceptado el precio porque es, á mi parecer, muy razonable. Háme jurado el propietario que salía perdiendo en la transacción, dadas las cualidades de la doncella, que él cuidó de enumerar á renglón seguido. Quisiera ¡oh, visir! que tú oyeras de labios del viejo la lista de las perfecciones de la esclava.

El visir dijo:

—Perfectamente. Venga acá ese hombre.

El agente voló en busca del propietario y no tardó en comparecer con él á la presencia del visir. Y advirtió al ministro que el propietario de la maravillosa adolescente era

un persa longevo á quien el curso de los años solo había respetado unos huesos débiles y la piel apergaminada.

Bien dijo el poeta:

El tiempo y el hado  
forjaron mi mal;  
el cuerpo se quiebra  
los bríos se van.  
¿Al paso del tiempo  
quién resistirá?

Derecho me estuve  
con recio ademán;  
marchaba al Oriente  
con ánimo audaz.  
Mas ya derribado  
de mi alto lugar  
son hoy las dolencias  
mi solo caudal,  
es mi dulce amiga  
la inmovilidad.

El viejo hizo votos por la fortuna del visir. Dijole éste:

—¿Conque cerramos el trato? ¿Aceptas diez mil dinares de oro por la esclava? Advierte que no la adquiero para mí, sino para el Rey.

El viejo respondió:—Puesto que la adquieres para el monarca, prefiero dártela como regalo. Mas, oh visir

generoso, ya que me interrogas, es mi deber responderte. Y he de decirte que los diez mil dinares de oro me resarcirían apenas del precio de las aves con que la nutro desde su infancia, de las telas valiosas con que la he vestido y de las sumas que llevo empleadas en el cultivo de su sabiduría. Porque héle dado profesores sin reparar en gastos; la esclava conoce la caligrafía, las reglas de la lengua árabe y la persa, la gramática y la sintaxis, los comentarios del Corán, las leyes del derecho divino y sus orígenes, la jurisprudencia, la moral y su filosofía, la geometría, la medicina y el catastro, pero resplandece de un modo principal en el arte de los versos, en tañer los más variados instrumentos de placer, en el canto y la danza. Finalmente, ha leído todos los libros de los poetas é historiadores. Y tan magnífica erudición ha contribuido á aumentar aún la suavidad exquisita de su temperamento; por eso le di el nombre de Dulce-Amiga.

Dijo el visir:

—La razón te asiste. Pero solo puedo disponer de diez mil dinares de oro. E inmediatamente voy á mandar que te los pesen y entreguen.

Así se hizo; el visir Fadleddin ordenó que pesasen los diez mil dinares en presencia del Persa longevo, y éste los tomó. Pero antes de partir, el viejo negociante se adelantó y dijo al visir:

—Pido permiso á mi señor para darle un consejo.

—Ofrece libremente el dictámen de tu prudencia.

—Aconsejo á mi señor—dijo el Persa—que no conduzca al instante á Dulce-Amiga á la presencia de nuestro Rey Mohamed ben-Soleiman El-Zeini; porque Dulce-Amiga ha llegado hoy, y el cansancio, y el cambio de clima y de aguas la han molestado un poco. Lo mejor será, para tus intereses y los suyos, que la retengas en tu palacio durante diez días; Dulce-Amiga gozará de reposo y crecerán sus encantos, y tú ordena que tome un baño y trueque

las vestiduras. Y entonces la presentarás al sultán, y á sus ojos hallarás gracia y mérito infinitamente mayores.

Y el visir juzgó que el Persa andaba acertado, y atendió su consejo. Y llevó á Dulce-Amiga á su palacio, destinándola una estancia reservada para que en ella descansase.

Pues señor, el visir Fadleddin ben-Khacan tenía un hijo de sorprendente belleza, parecido á la luna de la tarde. Su rostro era de una luminosísima blancura, sus mejillas sonrosadas y en una de ellas lucía una peca semejante á una gota de ámbar gris; apuntábale un bozo fresco y sedoso, y todo su cuerpo recordaba puntualmente la figura cantada por el poeta:

Las rosas de sus mejillas  
superan á los racimos  
de dátiles colorados;  
¡quisiera haberlas cogido!  
¿Me atrevería á cogerlas?  
Quizá me rechazarán...  
Pero mis ojos las toman  
y ¿para qué quiero más?  
¡Es su talle tan suave

y su corazón tan rígido!  
Ay, ¿por qué su corazón  
no imita al talle un poquito?

Si por su talle se deja  
ablandar su corazón  
cederá poquito á poco  
asesino tan feroz.

Amigo, excusa mi amor,  
no censures mis desmayos,  
que me acaban la salud  
las amarguras que paso.

Ni él ni yo somos culpables  
lo es solo mi corazón;  
aunque si él fuese clemente  
no padecería yo.

El adolescente, llamado Ali-Nur, ignoraba la adquisición de Dulce-Amiga: cierto que el visir, su padre, había recomendado á Dulce-Amiga que no olvidara el consejo formulado en estas palabras: — Sabe, hija muy amada, que al comprarte lo hice en nombre del Rey Mohamed ben-Soleiman El-Zeini, para que seas su favorita. Anda, pues, con sumo tiento y evita con singular cautela toda ocasión que pueda comprometernos á los dos. Debo advertirte especialmente que Alah me ha dado un muchacho bribonzuelo, pero de

suma belleza. Le apasionan las muchachas bonitas, y ellas responden á su requerimiento con malsana rapidez. Vela, pues, por tu recato; huye de su proximidad, no le descubras los encantos de tu voz ni mucho menos los de tu cara, porque te perderías sin remisión.

Y Dulce-Amiga respondió al visir:

—¡Escucho y obedezco!

Y el visir, tranquilizado ya, despidióse y marchó á sus negocios.

Mas, por la voluntad escrita de Alah, los acontecimientos tomaron un sesgo muy distinto del que imaginara el visir. Pasaron unos dias, y Dulce-Amiga fué al hammam que el visir tenía en el interior de su mismo palacio, y las pequeñas esclavas atendieron con todo esmero y destreza á que el baño resultara obra de arte maravillosa y perfecta. Después de haberla lavado todo el cuerpo y la cabellera, proveyeron á los masajes y frotaciones, la depilaron cuidadosamente con una pasta de azúcar al caramelo, vertieronle

en los cabellos un licor suave de olor de almizcle, tiñéronle las uñas de manos y pies con alheña, prolongáronle cejas y pestañas con negro de humo y quemaron á sus pies pebetes de incienso y ambar gris, perfumando tenuemente la piel. Echáronle sobre el cuerpo una tohalla que olía á flores de azahar y rosas, le apretujaron la cabellera con una tela ancha y tibia, y la condujeron á su estancia reservada. Allí la esposa del visir, la madre del bello Ali-Nur, la aguardaba para acogerla con las zalamerías que suelen prodigarse al conocido en una salida de baño.

Al ver á la esposa del visir, Dulce-Amiga se adelantó y la besó la mano; y, muy cordial, besóla en ambas mejillas la esposa del visir, diciendo:

—¡Oh, Dulce-Amiga, sean contigo, en virtud de este baño, el bienestar y las delicias! ¡Oh, Dulce-Amiga, cuán bella estás, y lozana, y perfumada! ¡Tú iluminas nuestra casa, que, provista de tus fulgores, no necesita antorchas!

Y Dulce-Amiga, muy conmovida, llevó la mano á su corazón y luego á sus labios y á su frente, é inclinando la cabeza respondió:

—¡Gracias te sean dadas, oh señora y madre! Y quiera Alah procurarte todas sus mercedes y prosperidades, lo mismo acá en el mundo que en su inmortal paraíso. Encontré en el baño venturosísimos halagos, y sonrióme en él toda fortuna, ¡salvo la incomparable de tu presencia!

Entonces la madre de Ali-Nur mandó llevar á Dulce-Amiga helados y pasteles, le deseó perfecta salud y sabrosa digestión, y pensó en ir ella también á tomar un baño en el hammam.

Pero la esposa del visir, cuando ya se dirigia al hammam, no queriendo dejar á Dulce-Amiga sola, ordenó á dos pequeñas esclavas, llena de temor y prudencia, que cabe á ella permaneciesen, guardando solicitamente la puerta de la estancia reservada. Y les dijo:

—Por ningún motivo permitáis á nadie que penetre en la habitación

de Dulce-Amiga; acaba de tomar el baño y podría resfriarse.

Y las dos esclavas respondieron con suma docilidad:

—¡Escuchamos y obedecemos!

La madre de Ali-Nur, rodeada de sus mujeres, se fué entonces al hammam después de abrazar por última vez á Dulce-Amiga, quien le deseó un baño excepcional.

Entretanto Ali-Nur llegaba á casa. Buscó á su madre para besarle la diestra, según uso cotidiano, y no la encontró. Recorrió entonces todas las habitaciones y llegó á la puerta de la estancia reservada. Y vió á las dos pequeñas esclavas que guardaban la puerta y le sonrieron, porque le hallaban tan hermoso que ya, secretamente, y tal vez sin saberlo, le amaban. Y maravillóse Ali-Nur al ver la puerta guardada de tal suerte, y dijo á las pequeñas esclavas:

—¿Está aquí mi madre?

Y ellas respondieron intentando repelerle con sus manecitas:

—¡No, no! ¡No está aquí nuestra señora! ¡No está aquí! ¡Está en el

hammam, en el hammam! ¡Está en el hammam, oh Ali-Nur, señor nuestro!

Y él preguntó:

—¿Pues qué hacéis aquí, corderillos? Apartaos y pueda yo de una vez entrar á descansar.

Ellas respondieron:

—¡No entres, Ali-Nur, no entres! ¡Aquí está nuestra joven señora Dulce-Amiga!

—¿Qué Dulce-Amiga es esta?—exclamó Ali-Nur.

Y ellas respondieron:

—La gran beldad Dulce-Amiga, la esclava que tu padre, nuestro amo el visir Fadleddin, ha comprado en diez mil dinares para el sultán El-Zeini. Ha salido ahora Dulce-Amiga del hammam, y no trae puesta más que la tohalla del baño. ¡No entres, Ali-Nur, no sea que Dulce-Amiga se resfrie; nuestra amamos pegaría después! ¡No entres, Ali-Nur!

Dulce-Amiga oía estas palabras desde el interior de su habitación, y discurría así:—¡Por Alah! ¿Cuál debe



... ¡No entres, Ali-Nur!...

de ser el aspecto del joven Ali-Nur de cuyas aventuras me habló el visir su padre? ¿Qué figura tendrá este adolescente á quien toda linda mujer se sujeta con docilidad inflexible? Viven los cielos, que quisiera verle.

Y sin poder resistir á la tentación por más tiempo, levantóse, púsose de puntillas, y derramando perfumes enloquecedores por todo su ser, con los poros abiertos á la vida, adelantóse hacia la puerta, entreabrióla suavemente, y miró. Y vió á Ali-Nur. Y le pareció hermoso como la luna llena. Y tembló inmediatamente de emoción amorosa. Por su parte, Ali-Nur, había tenido ocasión de lanzar una rápida mirada á la belleza de Dulce-Amiga.

Ali-Nur, arrebatado por la pasión, alborotó tan reciamente á las dos pequeñas esclavas y las sacudió con tal fuerza que huyeron ambas llorando; mas se detuvieron en la segunda estancia que estaba abierta y desde allí pudieron contemplar lo que pasaba en la primera, puesto

que Ali-Nur no había cuidado de cerrar la puerta. Y permanecieron al acecho de cuanto ocurriese.

Ali-Nur se dirigió hacia Dulce-Amiga que se había tendido sobre el diván con súbita zozobra, los ojos desmesuradamente abiertos. Y Ali-Nur, llevando la mano al corazón, inclinóse entre las manos de Dulce-Amiga y la dijo con blandura:

—Oh, Dulce-Amiga ¿tú eres la belleza que mi padre ha comprado por diez mil dinares de oro? Mal anduvo la balanza que consintió en equipararte con suma tan escasa. Dulce-Amiga, ¡eres más bella que el oro en fusión, y tu cabellera es más torrencial que la de la leona que ruge en el desierto, y tu alba garganta más suave y fresca que el musgo del torrente!

Dulce-Amiga respondió:

—¡Ali-Nur, mis ojos miedosos te juzgan más terribles que el león que ruge en el desierto, mis brazos que tiemblan te creen más fuerte que el leopardo, mis labios que palidecen te llaman más homicida que

la hoja acerada! ¡Ali-Nur, tú eres mi sultán, y quiero ser tuya!

Ali-Nur se sentó junto á ella en el diván y la dió un beso.

Las dos esclavas enloquecieron de terror. Diéronse á la fuga, y corrieron á refugiarse en el hammam junto á la madre de Ali-Nur, que precisamente salía de allí, bañada en sudor y derramando gruesas gotas. Y dijo la madre de Ali-Nur á las esclavas:

—¿Qué pasa, que así corréis y lloráis, hijas mías?

Y ellas respondieron:

—¡Oh, señora, señora nuestra!

—¿Qué ocurre, mezquinillas?

Ellas dijeron, llorando con nuevo impetu:

—Oh, señora, he aquí que nuestro joven señor Ali-Nur nos ha golpeado y arrojado del umbral de la estancia. Y le vimos penetrar en la estancia de Dulce-Amiga. Y se ha sentado junto á ella y le ha dado un beso. ¡Y estamos locas de terror!

Al oír estas palabras, la esposa del visir, aunque calzaba enormes

zuecos de madera á propósito para el baño, y á pesar de su vetustez, se echó á correr, seguida de todas sus mujeres, y llegó á la habitación de Dulce-Amiga precisamente en el instante en que Ali-Nur, oyendo los chillidos de las pequeñas esclavas, había puesto rápidamente los pies en polvorosa.

La esposa del visir, con la cara amarilla de espanto fué hacia Dulce-Amiga y la preguntó:

—¿Qué ha ocurrido? ¡Cuenta, cuenta!

Esta respondió, repitiendo las palabras que el bribonzuelo de Ali-Nur la enseñara, recomendando que se las dijera á su madre, si ésta la interrogaba.

—¡Oh, dueña mía! mientras yo descansaba del baño, extendida sobre el diván, entró un adolescente á quien yo no conocía. ¡Era muy bello, mi señora, y tenía ojos y pestañas como los tuyos! Y me dijo:—¿Conque eres Dulce-Amiga, la esclava que mi padre ha mercado en diez mil dinares?—Y respondí:—Sí, soy Dulce-

Amiga, y me mercaron en diez mil dinares, pero estoy destinada al sultán Mohamed-ben-Soleimán El Zeini.—Dijome entonces, riendo:—No hay tal, Dulce-Amiga; mi padre tuvo tal vez este propósito, mas ya ha cambiado de opinión, y te destina á mis amores.—Entonces, yo, señora, que desde mi niñez he sido una esclava sumisa como pocas, héle obedecido. Y creo haber obrado admirable y sesudamente. ¡Prefiero pertenecer como esclava á tu hijo, á ser esposa legítima del mismo Califá de Bagdad!

—¡Qué desgracia para todos nosotros, hija mía!—exclamó la madre de Ali-Nur.—¡Te engañó el alevé! Pero dime, hija mía, ¿cómo procedió contigo?

—Besóme el aliento de la boca—dijo Dulce-Amiga,—y confundimos nuestros seres, y á la faz de Alah sellamos nuestra unión; y de tal suerte Ali-Nur se apoderó de mí, que en mí puso sello inquebrantable de amor; y ya, si salía de su dominio, veríame en sudores de agonía y tránsito

de muerte, sin que presión ó amenaza alguna pueda mudar este mi apasionado querer.

Al oír estas palabras exclamó la madre de Ali-Nur:

—¡Ah, hija mía, consumóse nuestra desventura!

Y se echó á llorar, y golpeóse el rostro con las manos; y todas las esclavas lloraban también y decían entre alaridos:

—¡Oh, desventura! ¡amarga desventura!

En el fondo, lo que aterrizzaba á la madre de Ali-Nur y á las esclavas de la madre de Ali-Nur, era la cólera en que iba á encenderse el visir. Porque aunque el padre de Ali-Nur era de ordinario generoso y benévolo, no toleraría semejante aventura, teniendo en cuenta, sobre todo, que se trataba de una esclava destinada al rey, y sabiendo que el honor y el cargo de visir estaban supeditados á los negocios reales. Y, encendido por la cólera, podía Fadleddin castigar, por su propia mano, aun mortalmente, á Ali-Nur,

por cuya desgracia lloraban ya todas las mujeres, imaginándole arrebatado á su amor.

Y he aquí que en estos dares y tomares, entró el visir Fadleddin y vió á todas las mujeres sumidas en el llanto y la desolación.

—¿Qué ocurre, hijas mías?—preguntó alarmado.

La madre de Ali-Nur secóse los ojos, respiró hondamente y dijo:

—¡Oh, padre de Ali-Nur! júrame ante todo, por la vida del Profeta, (¡sahumen su presencia el ruego y el sosiego de Alah!), que te mostrarás conforme con todo lo que voy á decirte! De lo contrario, prefiero morir á dirigirte una sola palabra.

Juró el visir, y su mujer le contó el supuesto engaño de Ali-Nur y el denuedo invencible de Dulce-Amiga.

Ali-Nur había acostumbrado á sus padres á sufrirle todo linaje de aventuras; no obstante, al oír la relación de su último delito, el visir Fadleddin quedó aterrado, rasgóse las vestiduras, mordiése las manos, arran-

cóse la barba y arrojó el turbante á distancia.

La madre de Ali-Nur intentó consolarle diciendo:

—No te aflijas; yo te devolveré los diez mil dinares; bien puedo sacarlos de mi propio caudal, ú obtenerlos á cambio de algunas joyas.

Pero el visir Fadleddin exclamó:

—¡Qué estás diciendo! ¿Imaginas que lamento la pérdida de un oro que no me importa un comino? ¿No sabes que se trata de mi palabra, de mi honor, y quizás de la pérdida de mi vida?

—Nada se perderá—dijole su esposa,—pues el Rey ignora no ya el lance amoroso de Dulce-Amiga, sino aun su existencia. Con los diez mil dinares que te daré comprarás una esclava muy bella para el Rey; nosotros nos quedaremos con Dulce-Amiga, para que pertenezca á nuestro hijo Ali-Nur. Ella está enamorada de él, y él reconoce que alcanzó un gran tesoro, porque de veras la adolescente es en todo perfecta y acabada.

—¡Oh, madre de Ali-Nur!—dijo el visir.—Olvidas que dejamos en pos de nuestros actos á un enemigo, que no es otro que El-Mohin ben-Sauí, el segundo visir; éste sabrá algún día todo lo ocurrido. Y aquel día, el visir Sauí, mi enemigo, adelantaráse hacia el Sultán, y le dirá:—¡Oh, Rey, sabe que el visir á quien llamas y recurres en toda ocasión, y de cuya lealtad pretendes estar seguro, aceptó que le dieras diez mil dinares, para comprar á una esclava sin igual en la tierra. Y reputándola maravillosa, dijo á su hijo Ali-Nur, el corrompido mozal-bete:—¡Tómala, hijo mío! Mejor es que la esclava entre en tu posesión que en la del Sultán; ¡al fin y al cabo él es un viejo chocho y tiene el haren repleto de mujeres que bostezan!—Y Ali-Nur á quien alborozan sobremanera las bonitas muchachas, apoderóse de la bella esclava. Y en su compañía pasa los días y los meses en el palacio de su padre, entregado, el muy haragán y disoluto, á los juegos fáciles y á los reiterados de-

vaneos.—Al oír estas palabras de mi enemigo Sauí, el Sultán, que me profesa grande estima, se negará admitir la certeza de sus palabras, y le dirá:—¡Mientes, Mohin Ben-Sauí!—Pero Sauí insistirá:—Permiteme que invada con los soldados la casa de Fadleddin, é inmediatamente conduciré la esclava á tu presencia, y te cerciorarás con tus propios ojos de cuanto dije.—Y el Sultán, cuyo ánimo es indeciso y voluble, dará su permiso, y Sauí se precipitará á estos umbrales con sus guardias y separará á Dulce-Amiga de vosotras y la conducirá á la presencia del Sultán. Y el Sultán interrogará á Dulce-Amiga, y ella se verá obligada á confesarlo todo. Entonces mi enemigo Sauí triunfará: paréceme que le oigo exclamar:—¡Oh, señor, bien ves que soy un excelente consejero! Pero ¿qué le vamos á hacer? Está escrito que mi opinión ha de pesar poco en tu espíritu, y en cambio Fadleddin merece que le acojas con toda suerte de amores y complacencias.—En vista

de lo cual el Sultán cambiará la disposición de sus afectos y me castigará severamente. Y héme convertido en motivo de escarnio para todos los que hoy me aman y consideran. Y naufragarán miserablemente mi existencia y mi casa.

La madre de Ali-Nur aconsejó á Fadleddin de esta suerte:

—Creeme, no digas una palabra á nadie sobre el particular, y nadie se enterará de lo ocurrido. Confía tu suerte á la voluntad de Alah. Al fin y al cabo no han de ocurrirnos más penalidades que las inscritas en el destino.

Calmóse el visir oyendo estas palabras, y creyó que su porvenir no sufriría quebranto, pero quedó muy enojado contra su hijo Ali-Nur.

En cuanto á Ali-Nur, repetiremos de él que había salido á toda prisa de la habitación de Dulce-Amiga, al oír los chillidos de las pequeñas esclavas. Y durante todo el día erró por distintos parajes de la ciudad. No regresó al palacio hasta entrada la noche; procuró entonces deslizar-

se hasta su madre, que estaba en el departamento de las mujeres, para evitar la cólera del visir. Su madre, á pesar de todo lo ocurrido, acabó por abrazarle y perdonarle, y ocultarle con gran cuidado, en lo cual le ayudaron todas sus mujeres, que, aunque muy secretamente, andaban celosas de Dulce-Amiga.

Todas exhortaron á Ali-Nur á que se guardase cautelosamente de las iras del visir.

Vióse obligado Ali-Nur á continuar su vida clandestina durante un mes, vagando por la ciudad durante el día, y haciéndose abrir cada noche la puerta de su casa por las mujeres. Entraba sin alboroto en la morada, y podía hablar todas las noches en la estancia de su madre con Dulce-Amiga.

Por fin, un día, la madre de Ali-Nur, viendo al visir menos cejijunto que de costumbre, le dijo:

—¿Va á durar siglos tu cólera persistente contra nuestro hijo Ali-Nur? Oh, mi señor, ciertamente perdimos la esclava, mas ¿intentas perder

asimismo á nuestro hijo? Porque segura estoy de que nuestro hijo Ali-Nur, si continúa esta su acongojada situación, huirá para siempre de la casa de sus padres, y nosotros lloraremos hasta la muerte el hijo único, fruto de nuestras entrañas.

Dijo el visir, dominado por la emoción:

—¿Pero qué medio vamos á emplear para salir de este laberinto?

—Esta noche—respondió su mujer,—te vienes á pasar la velada con nosotras, y cuando llegue Ali-Nur, yo os reconciliaré. Y tú, al principio, fingirás que vés á castigarle, y aun á matarle, y acabarás por sancionar su boda con Dulce-Amiga. Porque Dulce-Amiga es admirable en todo, según pude observar prolijamente. Y quiere mucho á Ali-Nur, y éste la corresponde con igual amor. Y además, yo te daré de mi dinero, según te dije, la suma que empleaste en la compra de Dulce-Amiga.

Prestó el visir su asentimiento á la proposición de su mujer, y apenas Ali-Nur entró en la estancia de su

madre, arrojóse Fadleddin sobre él, derribóle á sus piés, y levantó un cuchillo para matarle. Precipitóse la madre entre su hijo y el arma vengadora, exclamando:

—¿Qué vas á hacer?

—¡Quiero matarle!—gritó el visir.

—¿No adviertes que se arrepintió de su delito?—dijo la madre intercediendo.

—Padre mío ¿me sacrificas? ¿Tendrás alma para ver sucumbir á tu hijo, víctima de tu mano?—gimió Ali-Nur.

El visir, con los ojos arrasados en lágrimas, balbuceó:

—Desdichado ¿no has tenido tú alma para arrebatarme mi bien y quizá mi vida?

—¡Oye, padre mío!—respondió Ali-Nur, lo que dice el poeta:

Cometí todos los crímenes  
de que me acusa tu lengua.  
Mas los seres escogidos  
fulguran por su clemencia.

¡Ah, cuán bello es ser clemente  
si al contrario dominaste,  
y le ves, desde tu cima,  
en lo profundo del valle!

El visir, al oír estos versos, dejó en libertad á su hijo; la piedad ablandó su pecho y otorgó el perdón.

Levantóse Ali-Nur, besó la mano á su padre y á su madre y aguardó sumisamente su palabra.

—Hijo mio—le dijo su padre—¿por qué no me decías que amabas con todo el corazón á Dulce-Amiga, y que no se trataba de un capricho pasajero, según suele ocurrir en tí? Porque si se me hubiese alcanzado que te determinabas á observar perpétua fidelidad y amor, no habría vacilado en otorgarte á Dulce-Amiga, como presente de mi cariño.

—Lo prometo, padre mio, estoy dispuesto á amar fielmente á Dulce-Amiga en toda ocasión y trance—respondió Ali-Nur.

—En este caso, solo debo rogarte—dijo el visir—(y ojalá cumplas mi deseo, pues va en ello el que mi bendición no te desampare nunca) que me prometas no tomar en tu vida en legítimo matrimonio á otra mujer en pos de Dulce-Amiga, y no maltra-

tarla jamás, ni desembarazarte de ella por venta ó abandono.

—Júrote—dijo Ali-Nur,—sobre la vida de nuestro Profeta y sobre el Corán sagrado, que en mi vida tomaré segunda esposa legítima mientras aliente Dulce-Amiga. Júrote asimismo que no la maltrataré jamás ni la pondré en venta aún en la mayor de las catástrofes.

Después de esta solemnidad, toda la casa rebosó alegría, y Ali-Nur pudo ser esposo de Dulce-Amiga ostensiblemente, y continuó viviendo con ella durante un año.

